



¿SE PUEDE HABLAR DE UNA CULTURA EDIFICADA DESDE LA FE?

¿Is it possible to speak of a culture built from faith?

*Gloria Rocío Gallego**
*Martha Nancy Vinasco**

* Estudiante VIII semestre de la Licenciatura en Educación Religiosa - segundo semestre de 2011.

SÍNTESIS:

El mundo actual presenta numerosos retos ocasionados en gran parte por la evolución tecnológica y la globalización. Esto conlleva un cambio de mentalidad que afecta la cultura, entendida no solo como la adquisición de conocimientos, sino también como un elemento constitutivo en la formación de la persona y su relación con el entorno. La cultura es, en sí misma, una posibilidad de crecimiento, por esto necesita ser considerada por los agentes de pastoral, de tal manera que esta pueda ser valorada a la luz del Evangelio, ya que ambos deben ir vitalmente unidos para proporcionar al ser humano un horizonte de crecimiento integral. Dicha evangelización debe ser propuesta y realizada desde la vida cotidiana, pues Cristo se encarnó para dar vida en abundancia.

DESCRIPTORES: Globalización, evangelización, fe, religión, pastoral.

ABSTRACT:

Today's world presents many challenges caused largely by technological change and globalization. This involves a change of mentality that affects culture, understood not only as the acquisition of knowledge, but also as a constitutive element in the formation of the person and their relationship with the environment. The culture itself is a possibility of growth; this is why it needs to be considered by the pastoral agents, so that it can be evaluated through the light of the Gospel, since both must be vitally united to give the human being a horizon of integral growth. This evangelization must be proposed and carried out from everyday life, since Christ became flesh to give life in abundance.

DESCRIPTORS: Globalization, Evangelization, Faith, Religion, Pastoral.

¿SE PUEDE HABLAR DE UNA CULTURA EDIFICADA DESDE LA FE?

¿Is it possible to speak of a culture built from faith?

Para citar este artículo: Gallego, Gloria R., Vinasco, Martha N. (2012). "¿Se puede hablar de una cultura edificada desde la fe?". En: Grafías Disciplinarias de la UCP, N°17: 21-28.

Vivimos en un mundo globalizado. Para muchos la globalización y todo lo que ella trae consigo es una realidad, para otros una consecuencia inevitable del desarrollo del mundo y para unos cuantos más, una palabra demasiado "usada" y que ha perdido su precisión. Lo cierto es que el mundo ya no es el mismo porque ha cambiado a ritmo acelerado, se ha convertido en una "aldea global", pero no siempre se tiene conciencia de lo que "se es" y "se tiene".

En el mundo del consumo, de las tecnologías y de la carrera vertiginosa, los seres humanos experimentan también la búsqueda de la felicidad y la plenitud que lo ha llevado, a lo largo de la historia, a ir más allá de lo que puede ver y a explorar nuevos mundos a través de la ciencia, la filosofía, y otras muchas experiencias que no siempre arrojan las respuestas que él desea. San Agustín afirmaba temerariamente en sus Confesiones: "Nos creaste para Ti y nuestro corazón andará siempre inquieto mientras no descansa en Ti" (Agustín, 2000, p.7)

Y en esta búsqueda e inquietud el hombre se encuentra con sus grandes capacidades y posibilidades. El ser humano posee la capacidad de crear, reflexionar, investigar y descubrir. Pero, ¿para qué lo hace? Se podría decir que esa capacidad lo lleva a ser activo y protagonista de su propia historia con un fin determinado, el de lograr la felicidad, y con esto, vivir en armonía y trascender.

La humanización: entre el desarrollo y el modernismo

Se dice que el hombre es protagonista de su propia historia y siempre está en pos de su realización, es por eso que se embarca en proezas que lo llevan a definirse como un ser racional.

La racionalidad humana es entendida como un proceso en el cual el hombre materializa su capacidad para descubrir, profundizar y crear en la cotidianidad de su existir, puede transformar lo antiguo en nuevo, utiliza lo que él mismo crea, como la ciencia y la tecnología para propiciar desarrollo y otorgar

oportunidades y bienestar a los pueblos, al igual que desarrollo económico, social y cultural.

Paradójicamente, de la mano del desarrollo que la ciencia y la tecnología traen al hombre, nos encontramos con un panorama desalentador: la óptica de un mundo marcado por el consumismo y el deseo de poder que generan pobreza, hambre, guerra y desolación; un ejemplo de esto es la brecha entre ricos y pobres que es cada vez más grande. Así las cosas, el mundo actual, se convierten en un escenario triste y desolador. Esto lleva a pensar en los desafíos que, como lo sostenía Juan Pablo II en la encíclica *Redemptoris Missio*, "es dramático pero al mismo tiempo fascinador" (Juan Pablo II, 1990, No 38).

Al respecto de la *Redemptoris Missio*, en nuestro tiempo, el desarrollo se transforma en materialismo, cuando el hombre sólo busca su complacencia inmediata y comienza a ver el mundo desde la óptica del consumo y el dinero. Esto se convierte en un reto para el hombre mismo, ya que debe disponerse para la obra de humanización y llegar a "ser más". En este sentido cabe preguntarse: ¿Cómo llega el hombre a humanizarse? ¿Qué significado tiene el llegar a "ser más" y con qué fin lo hace? ¿Qué medios colaboran en el proceso de humanización?

La Globalización como fenómeno

Como se insinúa inicialmente, en los últimos tiempos hemos sido testigos del desarrollo y de los avances que a nivel socio-cultural se han llevado a cabo. La ciencia avanza de manera abrumadora y sorprendente; los medios de comunicación se expanden por doquier. Gracias "a la interconexión mundial de la economía y la unidad de los mercados y las culturas, a la globalización de las ideas, de los productos y corrientes financieras, y al fenómeno de la "urbanización", el mundo se ha convertido en una aldea global" (IX Congreso Internacional de Teología, 2004)

La aldea global se da entonces como resultado del fenómeno de la globalización, que según Jacques

Hallak (Hallak, 1999), es el producto de la integración de los sectores económicos y financieros a escala mundial y que abarca todas las esferas de la sociedad desde la base económica, hasta su dimensión social y cultural. Este fenómeno toma matices de universalización, originando medios como la comunicación social, la informática, la telemática y en especial la red de enlaces mundiales, más conocida como “la web”, que permiten que las diversas culturas se comuniquen entre sí y exista una interconexión mundial.

Cuando se habla de la “aldea global” se hace referencia a la integralidad que debe buscar el individuo en sociedad, ya que el mundo de hoy está llamado a consolidarse como una comunidad unida en la fraternidad, pero es de anotar que el bienestar no se da en desigualdad; fenómenos como la globalización parecen favorecer a los que manejan el capital económico de una nación y desfavorecer a otros que carecen de oportunidades, por eso se crea una brecha entre ricos y pobres que parece tener pocas posibilidades de cerrarse, brecha donde las oportunidades para aquel que no tiene nada son mínimas.

Este fenómeno de la globalización ha traído consecuencias de desigualdad en una y otra parte del planeta, con la característica general de afectar negativamente a las sociedades y culturas más pobres de la tierra. Los ideales humanos de gran alcance, las utopías de la justicia y la redención de la humanidad, se han quedado en suspenso, dejándolo todo en manos del mercado, que finalmente sólo ha provocado crisis, decepción y desesperanza, porque las injusticias y desigualdades son cada vez mayores y más profundas (IX Congreso Internacional de Teología, 2004, p. 92).

En este contexto se pueden evidenciar dos cosas: la primera es que el hombre evoluciona al igual que lo hace su entorno, las diferentes formas de pensar que se crean ante tantas transformaciones reflejan el conformismo o inconformismo de una sociedad que se torna pluridimensional y que le ofrece al ser humano posibilidades para alcanzar niveles de bienestar favorables para su desarrollo tanto intelectual como espiritual, posibilidades que han sido dadas desde el principio de la creación cuando Dios lo constituye amo y señor de todo lo creado (Cf. Gen. 1, 2); sin embargo, es al hombre a quien le corresponde cuidar y velar por el depósito que se le ha dado.

También hay que considerar que el hombre tiende a desarrollar su dimensión individual y social, anhela

alcanzar su felicidad y vivir en armonía, siente la necesidad de formarse integralmente y poder trascender. Es por eso que los hombres aspiran a:

“Verse libres de la miseria; hallar con más seguridad la propia subsistencia, la salud, una ocupación estable; participar todavía más en las responsabilidades, fuera de toda opresión y al abrigo de situaciones que ofenden su dignidad de hombres; ser más instruidos; en una palabra, hacer, conocer y tener más para ser más” (Pablo VI, 1967. p. 4).

Aunque se hable de desigualdad y aunque todavía exista falta de equidad entre los pueblos más vulnerables, llamados “tercermundistas”, se dan avances culturales y artísticos significativos que en algunos casos deterioran la cultura, pero que en otros la favorece.

Con lo anterior se puede inferir que precisamente hay dimensiones que comprometen el interior del hombre y lo llevan a “humanizarse” y a “ser” él mismo, proporcionándole herramientas para que se construya como ser humano libre, responsable y feliz, consciente de lo que es y de lo que tiene, comprometido con su bienestar y el de los demás, en armonía con el mundo que lo rodea, para lograr así su desarrollo individual y social. En este sentido y para tal efecto, el ser humano tiene dimensiones como la social, la psicológica, la religiosa y la cultural, entre otras.

Cultura y Religión en el ser humano

Teniendo en cuenta lo anterior, pueden reconsiderarse dos aspectos integrantes de la persona que son fundamentales en su quehacer, como son la cultura y la religión.

La cultura se arraiga en lo más profundo del hombre; tanto así que por ella guía su pensamiento, su forma de ser y actuar. Este término ha sido de especial interés para aquellos que les apasiona el redescubrimiento del ser humano. Al respecto, Sorokin (citado por Rodríguez, 1994, p. 210) sostiene:

“Es que la cultura habla del ser humano en proceso, es memoria de lo cumplido y proyecto por realizar; ella consigna los vaivenes y los logros del ascenso del hombre, de sus éxitos y dificultades en su intento de ser más, es al tiempo razón y sinrazón desde las cuales se actúa y sobre las que se obra”.

Desde el ámbito de la antropología y la sociología surgen diversos conceptos que catalogan la cultura como la raíz del comportamiento humano y que en su dimensión ontológica diferencia al hombre del animal.

Igualmente, se puede concebir al hombre como organismo viviente que hace parte de un sistema compartido con los demás seres que habitan el universo y que comparte con ellos leyes naturales y biológicas.

Sin embargo, en el mundo humano se encuentra una característica nueva que parece constituir la marca distintiva de la vida del hombre. Su círculo funcional no sólo se ha ampliado cuantitativamente sino que ha sufrido también un cambio cualitativo; el hombre ha descubierto un nuevo método para adaptarse a su nuevo ambiente. (Cassirer, citado por Rodríguez, 1994. p. 210).

Es posible decir entonces, que la cultura hace del hombre una especie privilegiada que lo pone en un nivel superior en relación con los demás seres que lo rodean y esto conlleva una gran responsabilidad. Antiguamente se hablaba de cultura como un término que privilegiaba a algunos estudiosos llamándolos “hombres cultos”, refiriéndose a aquellos que poseían el saber y desvirtuando en otros pocos, que no poseían el estudio, la cualificación de “cultos”.

A lo largo de la historia el término “cultura” ha evolucionado al igual que lo ha hecho el mismo hombre, pasando por una concepción en la que se considera como un factor que determina la diferencia entre hombre y animal. También se concebía la cultura como un título otorgado a aquellos que sólo tenían acceso a la educación en aquella época; actualmente se entiende como un todo que pertenece al ser humano, es decir, la cultura le otorga sentido de pertenencia al hombre y le da valor al hoy, generando la esperanza de un mañana.

Tony Mifsud (citado por Escobar Herrán, 1999. p.274) define la cultura como “la construcción significativa de la realidad en una triple relación: la del ser humano con la naturaleza (dimensión técnico-económica); la interrelación del grupo humano como sociedad (dimensión socio-política) y la relación del hombre con la totalidad (dimensión religiosa)”. En relación con esto se vivencia la cultura como un factor que configura a la humanidad y a cada uno de los sujetos.

Por otra parte, la Constitución Dogmática *Gaudium et Spes* afirma que la cultura es todo aquello con lo cual el hombre se afina y desarrolla sus innumerables cualidades espirituales y corporales; procura someter el mismo orbe terrestre con su conocimiento y trabajo; hace más humana la vida social, tanto en la familia como en la sociedad civil, mediante el progreso de las costumbres y de las instituciones; finalmente, a través del tiempo expresa, comunica y conserva en sus obras grandes aspiraciones para que sirvan de provecho a muchos, e incluso a todo el género humano (Concilio Vaticano II, 1965).

Con lo anterior se puede inferir que la cultura en sí no es una sola sino una gran diversidad; al punto que se habla de una “multiculturalidad” a nivel tanto individual como colectivo, dependiendo de factores como el tiempo y el espacio:

“es por ello que la cultura define todos y cada uno de los momentos e instantes de nuestra relación con los otros y con el mundo. No es ella algo logrado definitivamente, estático, sino abierto, susceptible de ser cambiado, en el que se influye y por el cual se es influenciado” (Escobar Herrán, 1999. p. 275).

Con respecto a lo anterior, frecuentemente se ha escuchado que la cultura no está exenta de dificultades o problemas, ya que nunca como en nuestros días se ha tenido que defender tanto la identidad cultural. De hecho, por ejemplo, las etnias indígenas cada vez se ven minimizadas por la acción expansiva de la urbe que pretende llevar modernidad e industrialización a todos los ámbitos y generalizar un estilo de vida.

En este contexto, hay que plantear la necesidad de mantener el derecho de los pueblos sobre todo de los más pequeños y pobres; por ejemplo, a los indígenas y a los afro-colombianos de nuestro país debe salvaguardarse su identidad para que no se imponga una forma cultural determinada que arrase con las formas autóctonas, sino que debe existir espacio para el pluralismo, el diálogo y el intercambio cultural. Esta es la esperanza de estos pueblos y uno de los mayores retos del siglo XXI en el contexto de un nuevo modelo de sociedad plural y diversa (IX Congreso Internacional de Teología, 2004, p. 98).

La cultura vista desde la Fe

Se presenta pues un desafío para las gentes de este siglo en el que se evidencia la necesidad de proteger la identidad cultural de los pueblos y naciones. Cabe

decir que dentro de esa “culturalidad” se pueden y deben operar cambios que promuevan la dignidad humana, y por ende, el bienestar del mismo hombre. Por esta razón es que desde el ámbito eclesial se busca que la transculturación que se da a raíz de fenómenos tales como la globalización se lleve a cabo sin que traiga aspectos negativos para el ser humano. La propuesta más viable, en este caso y desde la dimensión religiosa, es la búsqueda personal y comunitaria que permita el encuentro con la realidad trascendente, porque la vinculación humana con la realidad sagrada se transforma en una experiencia de verdadera fe que capacita para la edificación de una nueva cultura.

Por lo tanto, se trata de lograr una restauración cultural desde la fe. “Restaurar” se puede entender como “devolver” la belleza a alguien que pierde su originalidad.

En la actualidad cobran fuerza algunos sistemas de pensamiento que llevan al cambio en la percepción de los valores, y por tanto, a un relativismo en el cual las cosas no valen por lo que son en sí mismas sino por lo que representan subjetivamente. Hoy en día se habla en términos económicos; por tal motivo, se afirma de manera directa en círculos sociales: “¿cuánto me puedes dar o cuánto puedo recibir a cambio?”. En forma paralela se desarrollan hoy subculturas, procedentes de diversos lugares, que penetran la cultura latinoamericana creando confusión en la identidad de nuestros jóvenes.

La religión en el horizonte humano

Por otro lado, la religión que está inmersa en la cultura de los pueblos tiene su identidad y función propias, ya que ayuda al hombre a trascender, a ir más allá de sus posibilidades.

Por eso, al hablar de cultura se debe hablar con toda propiedad de la experiencia religiosa. Si se niega tal vinculación, se puede llegar a la reducción de la persona sólo a los aspectos sociales de la cultura sin tener en cuenta la necesidad de trascendencia que esta tiene inscrita en su corazón. Por lo tanto, la religión es como el eje alrededor del cual gira la experiencia humana, indelible de la cultura. Sin embargo, la negación u ocultamiento de la experiencia religiosa dentro de las culturas ha sido constante de modelos intelectuales a lo largo de la historia; así lo señala Gutiérrez Martínez (2007, p. 171):

“El hecho de que durante mucho tiempo se concibiera la cultura, las religiones, las creencias como entidades estáticas y longevas, no es más que la muestra de la negación que se hacía tanto intelectual como política de la siempre existente pluralidad y diversidad que retroalimentaban, aunque fuera de manera clandestina, los procesos identitarios institucionales y unitarios”.

Con todo esto, se plantea un interrogante que lleva en su interior un dinamismo, ya que como cristianos estamos llamados a la misión de ser portadores de la Buena Nueva. Entonces, ¿Cómo puede la pastoral de la Iglesia acercarse al hombre desde su cultura y edificarla desde los valores de la fe?

Guiados ahora por este interrogante, se pueden realizar algunas consideraciones. Para muchos, la experiencia religiosa parece estar decayendo. Lo cierto es que un cúmulo de experiencias religiosas ha aflorado en el mundo actual, algunas son parecidas a las religiones tradicionales, otras son una mezcla de elementos esotéricos, cristianos y muchos más que no proporcionan una verdadera identidad religiosa, pero sí se van configurando para muchos como una respuesta a su búsqueda de orden espiritual.

En toda esta realidad, además, los medios de comunicación social y las TIC (Tecnologías de la Información y la comunicación) tienen un papel preponderante, ya que actúan como movilizadores de la conciencia y el imaginario colectivo.

El papel de la pastoral en la Evangelización de la cultura

La Iglesia, como comunidad de fe, quiere y debe seguir evangelizando y llevando a todos los hombres el mensaje de Cristo a través de la práctica pastoral. Entonces vale preguntarse en el contexto sociocultural actual, ¿qué es la pastoral?

Desde la fe cristiana, Dios es el pastor de su pueblo y sus enviados se convierten también en pastores, encargados de su rebaño. La Iglesia es el rebaño de Dios y sus pastores cuidan de él a través de la pastoral.

La experiencia pastoral es pues, una prueba del amor de Dios para con su pueblo, donde expresa su solicitud hacia Él. “La pastoral se convierte así en la misión de la Iglesia, que es la misma que la misión de la Trinidad, pues la Iglesia tiene origen trinitario” (Ospina, 2009, p.16).

De lo anterior se puede decir que la pastoral es la razón de ser de la Iglesia, la que configura su misión de instaurar del Reino de Dios, según el mandato de Cristo:

“Vayan y hagan discípulos a todos los pueblos y bauticenlos para consagrarlos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo; enseñándoles a poner por obra todo lo que les he mandado. Y sepan que yo estoy con ustedes todos los días hasta el final de los tiempos” (Cf Mt 28, 19-20).

El fin de la pastoral consiste en dar a conocer la buena noticia del Evangelio que es Cristo, su persona, mensaje y obra. En Él, Dios y la humanidad se encuentran con todo lo que esto implica; Dios asume la realidad del hombre en su plenitud: “Jesucristo es lugar de encuentro entre la vida humana, el puente por el que el Creador y la creación quedan vinculados entre sí” (Polkinghorne, 2000, p.159).

Sin embargo, para que la pastoral sea realmente eficaz debe partir de la realidad de las personas, del pueblo de Dios; tal es el presupuesto de la pedagogía divina. El documento del Celam sobre la pastoral juvenil indica al respecto:

“La evangelización tiene que hacerse vitalmente, partiendo de las experiencias de vida y procurando reelaborarlas a la luz del Evangelio. La mejor manera de considerar íntegramente al joven en su formación es tomar en cuenta su experiencia como el elemento central y el punto de partida de la pedagogía, de los métodos y de las técnicas que se van a utilizar (Celam, 2000, p.186)”.

Esa fue la pedagogía de Jesús: Enseñar desde la vida, haciendo de lo cotidiano un encuentro divino. Se trata de elevar la experiencia de las personas al encuentro con Dios, porque,

“La encarnación está diciendo que no es necesario renunciar a lo humano ni alejarse de la vida diaria para encontrarse con Dios, porque él se ha hecho Dios-con nosotros (Is7,14) y se ha quedado presente en la historia, especialmente en los más pobres y necesitados (Mt 25, 31 – 46) (...). Asumir con coherencia lo ordinario de la existencia; aceptar los retos, interrogantes y tensiones del crecimiento; trabajar por superar

las ambigüedades que hay en la vida de cada día; iluminar con el amor cualquier opción, son los pasos obligados para descubrir y amar lo cotidiano como realidad nueva donde Dios está presente, actúa y se da a conocer como Padre”. (Celam, 2000, p. 328).

En este contexto, la pastoral es enteramente humanista y centrada en el proyecto de amor que Dios tiene para el hombre. Por eso, la pastoral si quiere edificar la cultura y tener una incidencia en ella eficiente y eficaz, debe partir de ella misma. Tal vez el error como evangelizadores consiste en que al evangelizar partimos de nosotros mismos, y por eso no nos acercamos a la realidad del hombre para hacerlo cada vez más humano y por ende, más libre.

Nuestro problema, tal vez, es que queremos ser “muy divinos y muy poco humanos”, desdibujando el proyecto que Dios tiene para el hombre. Hans Küng (1996. p.589), en uno de sus libros más famosos, titula un capítulo dedicado a la praxis del cristiano con esta sugestiva frase: “Ser cristiano significa ser radicalmente hombre”, dicha afirmación puede contradecir algunas concepciones demasiado “celestiales”, pero apunta a un cristianismo más de testimonio, más de reconocimiento de lo humano en la perspectiva divina.

Dios es el eternamente enamorado de los hombres, por eso envió a Jesús, su Hijo, quien asumió la condición humana en su totalidad (Filipenses 2, 6-11). Si vemos los testimonios de la Escritura, sólo hay pruebas de un Dios lleno de solicitud con los hombres que crea y ama la condición humana. Por eso, el hombre experimenta el amor de Dios en su vida cotidiana; allí aprende, cae y se levanta, se santifica y conquista la vida eterna a la cual es llamado (Cf 1 Tim 6,12); por lo tanto, nuestra pastoral debe estar centrada en la vida y partir desde allí para llevar el mensaje de Cristo. Sólo así se puede caminar por los senderos de la edificación de la cultura según los valores del Evangelio, recordando que

“Evangelizar es colocar en diálogo la buena nueva con la cultura; es sembrar la semilla que debe transformar porque solo desde dentro y a través de la cultura la fe cristiana llega a hacerse histórica y creadora de historia” (Juan Pablo II, citado por Escobar Herrán, 1999, p. 275).

Bibliografía

- Agustín, S. (2000). *Las Confesiones*. Santa Fe de Bogotá: Esquilo.
- IX Congreso Internacional de Teología, (2004). *La Esperanza Cristiana*. Bogota: Conferencia Episcopal de Colombia.
- Celam - Concejo Episcopal Latinoamericano (2000). *Civilización del Amor, Tarea y Esperanza*. Bogotá: Celam.
- Concilio Vaticano II. (1965). *Constitución Gaudium et Spes*. Madrid: BAC.
- Escobar Herrán, G. L. (1999). *Grandes temas social-cristianos*. Tomo I. Santa Fe de Bogotá: Unión Gráfica.
- Gutiérrez Martínez, D. (2007). Religiosidad y Creencias en un mundo intercultural. En *Multiculturalismo, Perspectivas y Desafíos* (Pp. 157-186). Ciudad de México: El Colegio de México.
- Hallak, J. (15 de 09 de 1999). www.uniandesmerida.org. Recuperado el 1 de Marzo de 2010, de www.uniandesmerida.org: <http://www.uniandesmerida.org/pdf/Globalizaciones%20Derechos%20Humanos%20y%20Educacion.pdf>
- Juan Pablo II (1990). *Carta Encíclica Redemptoris Missio*. Roma: Librería Editrice Vaticana.
- Küng, H. (1996). *Ser Cristiano*. Madrid: Trotta.
- La casa de la Biblia. (1999). *Biblia de América*. Madrid: Verbo Divino.
- Ospina, J. E. (2009). *Pastoral Fundamental*. Pereira: UCPR.
- Pablo VI (1967). *Carta Encíclica Populorum Progressio*. Pereira: Litodiocesana.
- Polkinghorne, J. (2000). *Ciencia y Teología, Una introducción*. Maliaño, Cantabria: Sal Terrae.
- Rodríguez, E. (1994). *Introducción a la Filosofía, Perspectiva Latinamericana*. Bogotá: USTA.